

Biopoética de la adolescencia

Identities • creencias • vínculos

Javier Tapia-Balladares



A Miguel, cuya serenidad neutraliza y pacifica.

A Andrés, cuyo fuego limpia y mueve.

*Actúa de la manera en la que te gustaría ser
y pronto serás de la manera en la que actúas.*

Leonard Cohen

*La gente feliz genera vínculos;
la infeliz compra compulsivamente.*

Roberta Paltrinieri

*La reflexión es la apropiación
de nuestro esfuerzo por existir
y de nuestro deseo de ser.*

Paul Ricoeur

Contenido

Prólogo	xv
Prefacio.....	xxi
Introducción.....	xxix
CAPÍTULO 1	
La identidad personal:	
buscando al sujeto como autor.....	1
Un punto de vista sobre el sujeto en la cultura	2
La estructura de inscripción del sujeto	2
La importancia del lenguaje y la cultura	10
La identidad y el sujeto	16
Revisitando la teoría psicosocial de la identidad.....	16
La identidad desde la interacción	21
Interacción y lenguaje	30
La identidad de actor, agente y autor.....	36
La identidad psicosocial y la identidad predicativa.....	39
Identidad, creencias religiosas y experiencia	42
La organización de la experiencia.....	42
Experiencia religiosa y afectividad	52
La representación de Dios	55
¿Hacia una identidad religiosa?	58
El enfoque de la psicología del desarrollo.....	60
Controversias metodológicas.....	66
Recapitulando	72

CAPÍTULO 2

Identidad personal y coexistencia socioafectiva.....	75
La afirmación de sí y la incertidumbre.....	76
Identidad y religión.....	76
Antes de describir la identidad y la religión	90
La edad, el sexo y las posiciones de la identidad.....	94
El territorio que configura nuestras hipótesis.....	112
La exploración afectiva y la incertidumbre.....	121
Una teoría del vínculo.....	126
Identidad y apego	133
Formación de la identidad y creencias religiosas	139
Acercarse a la exploración afectiva	144
Entre apego seguro y creencia religioso-simbólica.....	150
La coexistencia socioafectiva: sentido y límites	156
Conclusiones del capítulo segundo.....	163
Recapitulando	166

CAPÍTULO 3

Identidad, biografía, religión: coarticulación dialógica.....	169
Identidad y experiencia en el discurso religioso	173
Identidad, sí mismo y subjetivación	173
Objetos psíquicos en la adolescencia	180
Funciones de lo religioso y subjetivación	184

Un camino para develar la experiencia	189
Sentidos potenciales del discurso adolescente.....	212
Del objeto trascendente a la autonomía.....	253
El discurso sobre la identidad y la autonomía	259
Hacia la identidad desde el diálogo	261
Lo que sabemos sobre identidad y autonomía.....	267
Narrar lo que hicimos y cómo lo hicimos	273
Indicios y personajes de “La Liebre y la Tortuga”	279
Diálogo e identidad: tensiones a favor de la autonomía.....	288
Conclusiones del capítulo tercero	294
Recapitulando	296

CAPÍTULO 4

Identidad, creencias, vínculos:

síntesis de un trayecto.....	299
Constataciones generales indispensables.....	300
Primera constatación indispensable	309
Segunda constatación indispensable	309
Tercera constatación indispensable	310
Cuarta constatación indispensable	311
Una perspectiva de conjunto.....	312
Singularidad y diferencia.....	313
Continuidad y cambio.....	317
Agencia y escenas.....	318
Valorización y desvalorización.....	320
Derivaciones teóricas	322

Algunas limitaciones	329
Orientaciones prácticas.....	330
Recapitulando	333
CAPÍTULO 5	
La biopoética y la identidad de autor	335
El relato de vida y el análisis biográfico	336
El enfoque biográfico.....	338
El razonamiento biográfico.....	342
Del orden biográfico a la biopoética	344
Apéndices	353
Apéndice 1	
Escala de Posiciones de la Identidad EPI	355
Apéndice 2	
Escala de Orientaciones Religiosas	363
Apéndice 3	
Autorreporte de Estilos de Apego.....	367
Apéndice 4	
Escala de Creencia Poscrítica	369
Apéndice 5	
Consigna y guía de entrevista	373
Apéndice 6	
Códigos de transcripción de entrevistas	377
Apéndice 7	
Guiones de base segura	379
Bibliografía	383
Índice de cuadros	419
Índice de figuras	421

Prólogo

Identidad y adolescencia son nociones que reflejan la interrogante sobre un binomio que recién emergió con fuerza en la psicología a mediados del siglo pasado. Desde entonces, se han intentado tantas aproximaciones desde tan diversos puntos de vista que el paisaje resulta a veces más de desasosiego que de esclarecimiento. No obstante, la a menudo confusa profusión muestra cómo el tema ha conquistado su lugar en la ciencia y la sociedad. Luego de haber andado sosegada y casi inadvertida durante eras, la adolescencia irrumpió en el siglo XX como una etapa de grandes protagonismos. De ser apenas considerada como ese período de la vida algo incierto –no más niñez, adultez aún por llegar– durante el cual casi que era una decisión familiar o personal cuán pronto y cómo acabada la incertidumbre, pasó a ser, sobre todo durante la segunda mitad del siglo pasado, la edad en la que las personas jóvenes presentan los mayores desafíos a la generación de sus progenitores. Para expresarlo de una forma en exceso sencilla: es el momento de las decisiones. De las propias decisiones. Para asegurarlas o, al menos, facilitarlas, la sociedad se ha visto sacudida en muchos aspectos. Temas estructurales como educación, salud y trabajo no le han restado relevancia a dimensiones tan sensibles y dilemáticas como lo son el tiempo libre y la sexualidad. Casi se podría afirmar que la sociedad, como se entiende hoy día, sería impensable sin la idea de adolescencia.

Para la psicología del desarrollo, preocupada por los cambios y el progreso en el ciclo vital, la gran pregunta ha sido siempre cómo los grandes procesos que explican las facultades

que se van adquiriendo en el plano socioemocional, cognitivo y social, son capaces de dar cuenta, a su vez, del advenimiento de la individualidad. La unicidad del sujeto que se sustenta en esos procesos se ha tornado una gran interrogante. Un sujeto con conciencia tanto de su mismidad como de su integración en una colectividad, con afinidades y discrepancias, más o menos mayores, entre estas dos dimensiones. El enigma del tránsito entre la familia, la escuela y el mundo social llama cada vez más la atención de diversos agentes sociales y se procura dejársele lo menos posible al azar. El siglo pasado heredó también la preocupación sobre diversos factores de riesgo que se ciernen sobre estos eventos decisivos, así como sobre su impacto en el individuo y la sociedad.

Edificaciones teóricas se han erigido sobre el tema, algunas se elevan vertiginosas sobre los hombros de sus predecesores, otras los derrumban sin dejar casi vestigios. Aunque las respuestas se han afinado, las preguntas han permanecido casi intactas: ¿cómo reconocer y comprender los eventos relacionados con el devenir de una persona capaz de tomar las riendas de su futuro, qué factores favorecen esta capacidad y cuáles la interfieren?, ¿cómo se puede visualizar este proceso desde la mirada interna de la persona adolescente?

Javier Tapia investiga y elucubra sobre estos acertijos. Una de las razones principales por las que emerge su obra conlleva una consideración fundamental: el tema exige una reflexión constante, no como mero artilugio académico, sino por los eventos fundantes del sujeto paradigmático que germina con cada nueva generación. Mucho se ha investigado y a profundidad sobre la identidad, pero –se lee en su obra– no se sabe suficiente. No se puede saber suficiente. Por una razón natural: es un fenómeno cada vez menos estable en el tiempo y a lo largo de la geografía. A diferencia de los modelos sobre cómo opera, por ejemplo, el pensamiento abstracto, del que puede conocerse más pero no variará en su esencia, la identidad

es mutante casi que con cada nueva cohorte. La diversificación de los caminos para alcanzarla tampoco constituye un panorama fácil de discernir, sobre todo, en el mundo de cambios a los que apresura el nuevo siglo. No escasean padres y madres que contemplen con al menos cierto desconcierto la transformación paulatina pero certera de sus hijos e hijas adolescentes, como tampoco son pocas las intranquilidades que les embargan sobre si sus actitudes y ofertas son las acertadas o convenientes. Esta sola perspectiva debería convencer sobre la relevancia de estudios como los que presenta Tapia en este libro.

Otra razón posee al menos igual valor, según ayuda a dilucidar el autor. Las teorías que se estudian provienen de latitudes donde ni lo normativo ni el riesgo son necesariamente equivalentes o siquiera equiparables, en muchos casos, a la experiencia adolescente de otros contextos culturales. Aunque los conceptos fuesen precisos (y siempre persiste la duda de si lo son), su expresión específica estará siempre mediada por el entorno social y sus características intrínsecas, por lo que el solo hecho de estudiar cómo se manifiesta la adolescencia en un lugar y época en particular impone ya una labor indispensable para la psicología del desarrollo. No es suficiente con estudiar al “adolescente de Vitrubio” de los textos académicos, es impostergable conocer al y la adolescente del aquí y el ahora, con sus logros y dilemas actuales.

El autor no se da entonces por satisfecho con considerar las dimensiones que subyacen al enlace entre identidad y adolescencia, sino que incluye también la religión. En un momento histórico en el cual la religión quizá se ha vuelto más polémica *per se* y más susceptible de polemizar durante la adolescencia. La religión implica valores, por supuesto, y, especialmente, un objeto trascendental afinado en una *Weltanschauung*, por lo que ello en sí mismo explicaría su presencia en el modelo analítico que se presenta en esta obra. Sin embargo, religión significa también, sobre todo, una esfera

introspectiva de la comprensión del sí mismo. Es un lazo con la historia, con la familia, con la cultura y con cualquiera que sea la dimensión transcendental de ser humano que se sustente. Es convincente la teoría que apunta hacia ello y la expone Tapia con su habitual erudición y fino estilo.

La perplejidad aparece cuando las cifras para Costa Rica muestran mucha gente joven no involucrada con la religión. ¿Le falta una dimensión a la identidad de estas personas jóvenes o puede operar así el proceso de su constitución sin mayores perjuicios para el sujeto? La religión aparece en los estudios que presenta Tapia como un enlace ineludible con la cultura, no con toda ella, pero con un aspecto que por su relevancia histórica y social evidencia el potencial heurístico que posee en el tema estudiado.

En el diálogo –convence Tapia en sus aproximaciones finales al tema– se construye la identidad en la adolescencia, en conversaciones espontáneas en que se impone la reflexión sobre “quién soy yo o quiero ser”, incluso en virtud de cómo los demás “me advierten que soy visto”. Es poco probable que los dogmas religiosos estén ausentes en estas pláticas. Al menos no lo estarán, explícita o implícitamente, como nómeno, aunque a la religión se le mire con desdén. Una apreciación preliminar es quizá simple pero no irrelevante: el individuo puede ser no creyente, pero no renunciará nunca a confrontarse con las creencias prevalecientes en su cultura, aunque su único propósito sea abandonarlas. En este tema en particular, confrontación implica diálogo, remisión al sí mismo, al punto de vista personal, a la experiencia individual, la biografía y hasta la historia familiar. También exige escucha acerca de cómo se es interpretado por el otro y qué le aporta esa mirada ajena al sujeto.

En este instante del trayecto de su investigación de no pocos años, este amigo inmenso y colega siempre desafiante reposta y vuelve la mirada hacia lo cabalgado. Destaca en

su visión cómo el núcleo de la episteme de su sistema de discernimiento sobre la identidad lo ha constituido siempre el afecto. El apego, concepto con que la psicología ha puesto de relieve cómo se forjan lazos desde el inicio de la vida que se extrapolan a la conformación del espíritu gregario, de la comprensión primigenia de la pertenencia a una comunidad, de la confianza en los otros y de la reciprocidad.

Finalmente, un hallazgo en su recorrido revela un aspecto grandioso sobre cómo se conforman aquellos mundos de vida que Tapia menciona en su exposición inaugural, los cuales los amalgaman adolescentes, junto a sus pares, padres y madres, o con quien tengan a su alcance. Entonces, después de haberles preguntado durante mucho tiempo sobre lo que los adultos suponen relevante en la adolescencia, llega el autor al punto de pedirles que cuenten sobre su cotidianidad, no historias elaboradas sobre sus vidas, sino relatos breves, sus disputas, sus inquietudes, sus vacilaciones o sus conflictos. Como si hubiese advertido que en cada escena se esconde un secreto por dilucidar. Con no menor rigurosidad analítica que antes, este puerto de arribo promete estar boyante de claves maestras para descifrar no solo el surgimiento y la consolidación de la identidad, sino de sus vínculos íntimos con la experiencia adolescente y con elementos esenciales de las convicciones que orientan el proyecto de persona autónoma que surge durante este período de la vida en la inmediatez de nuestra cultura.

Jorge R. Sanabria León
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio
Marzo, 2017.